

Un proyecto político para los nuevos tiempos (*)

Carlos Ruiz

(Intervención en Seminario del Instituto Paulo Freire. Santiago de Chile, 13 enero 2001).

8 páginas.

Nuestra razón de ser, como proyecto político, es intentar una práctica nueva, que no repita viejas derrotas. Su eficacia, su adecuación a las condiciones, su certeza, la juzgará la historia en definitiva. Aquí queremos exponer apretadamente, y con cierta precisión, algunos de los aspectos más importantes de este proyecto.

I. Las condiciones de lucha

I.1 El proceso político inmediato

Está en curso un reacomodo de la estructura de poder que rigió en la década pasada, tras el agotamiento de los equilibrios que imperaron entonces, forjados principalmente a partir del entendimiento entre el pinochetismo y la Concertación aylwinista. El ocaso de Pinochet y la descomposición del pinochetismo, así como los cambios que sufren varios de los actores centrales de la trama del poder, como el empresariado, las fuerzas armadas, la derecha institucional, la propia Concertación, han abierto un proceso de reajuste en el que está en juego el trazado del sistema político postransición.

Hoy Lagos se subordina al gran empresariado, toma una opción antipopular, pero todavía tiene la confianza de la gente. A diferencia de lo que ocurre con el avance lavinista, en la izquierda no preocupa de igual manera el avance empresarial, cuyo impacto es menor a nivel político institucional, pero mucho mayor a nivel de importantes espacios de base de la sociedad, como en el ámbito laboral, por ejemplo.

Estos factores configuran un tiempo para la izquierda, que no se puede despilfarrar en coyunturalismos. Al contrario, plantea la necesidad de la construcción de una fuerza social que permita resituar a los proyectos de izquierda en el plano de las correlaciones centrales de fuerzas, y superar así la crisis de incidencia largamente arrastrada.

El avance de la derecha no se enfrenta con maniobras electorales. Hay que encararla en su proceso de construcción de fuerzas, y eso remite a la disputa y la construcción de conciencias en el seno de las bases populares.

I.2 La situación del poder en la sociedad

Hay un agotamiento de las formas tradicionales de apreciar la situación política. La visión centrada en las instituciones y procesos formales de la política, no es capaz de abarcar la situación general del poder en la sociedad. A menudo se subvalora el circuito extrainstitucional del poder y su grado de determinación de la vida del país. Tampoco se suele considerar el estado del poder en los diferentes espacios de base de la sociedad.

La democracia llegó a la cúspide de la sociedad y reabrió allí un juego político limitado que permitió refundar y ampliar la clase dominante. Pero en los espacios de base permanecieron los mismos mecanismos de dominación y atomización. Ello abre una rígida separación entre lo social y lo político. La política se convierte en un asunto de élites, pierde transparencia, y pierden

también incidencia las instituciones formales de la política, como el parlamento y el sistema de partidos.

Importantes funciones estatales se sustraen de la política abierta, muchas de las cuales se presentan ideológicamente como "técnicas" y "apolíticas". El Estado, como tal, se abstiene de regular las relaciones sociales. Más allá de repetir que no entra en "conflictos entre privados", el ejemplo más sustantivo de ello es el actual esquema de relaciones "autónomas" o "bipartitas", como la política de regulación de las relaciones laborales de los gobiernos de la Concertación. Tal régimen de prescindencia estatal en la regulación de los conflictos sociales, responde a la decisión de no volver a las viejas formas del Estado de compromiso, que subyace en el pacto que, desde 1989 en adelante, perfila al nuevo régimen como una democracia antipopular. Las clases dominantes no apuestan a un Estado que impulse y maneje un pacto social, sino a uno que margine y atomice, que contenga, fraccione y desorganice los procesos de organización y de lucha popular, y que se centre en viabilizar la valorización del capital.

La pérdida del peso del Estado en la dirección cultural de la sociedad, a manos de la iglesia y los medios de comunicación masiva, es otro ejemplo que obliga a considerar, más que el tradicional poder del Estado y del sistema político formal, a la situación general del poder en la sociedad, para poder registrar las correlaciones reales de fuerzas.

Producto de esto se produce una disparidad entre la institucionalidad democrática y la política formal, por un parte, y las formas de regulación de las relaciones sociales a nivel de la base de la sociedad, por otra. En las fábricas y las faenas impera el sometimiento mudo producto de las desiguales correlaciones de poder imperantes entre trabajadores y empresarios. Otro tanto ocurre en campos, centros de trabajo, escuelas, universidades. Al cerrarse el acceso popular a los procesos de construcción del Estado, y al desarticularse las viejas formas de relación entre los partidos y algunos sectores populares (laborales sobre todo), se despoltizan las relaciones sociales que anidan en la base de la sociedad. Los sectores populares son excluidos de la política, en el sentido tradicional del término, que la limita a la capacidad de proyección hacia el Estado.

Por todo esto, los factores que impiden la construcción de un sujeto popular remiten, en parte, a la dirección que asume la conducción estatal, y en otra, para nada menor, al ejercicio extrainstitucional del poder. De ahí la necesidad de construir una mirada más amplia sobre el proceso político en curso, que incorpore el poder del Estado y los conflictos de la política institucional y del sistema de partidos, pero que además, se extienda al circuito extrainstitucional del poder y a la situación general del poder en los espacios de base de la sociedad.

II. La izquierda ante el nuevo escenario

II.1 Como izquierda no somos capaces de apropiarnos creativamente de estas nuevas condiciones de lucha. Nuestro discurso y nuestras prácticas son aisladas políticamente con relativa facilidad (por ejemplo, las luchas por los derechos humanos respecto del resto de las luchas populares). Los procesos de acumulación de fuerzas no pasan, por lo general, de las llamadas movilizaciones "episódicas". Porque responden a un tipo de convocatoria centrada en detonar conflictos económicos, sin plantearse el problema de la organización popular en una perspectiva más amplia y permanente. Predomina un modelo de lucha popular espontaneísta.

Se cree que la expresión política de esos movimientos se reduce al partido o a la vanguardia. Es la lógica representativa (ya sea por las urnas o por las armas).

Por tanto su dinámica se reduce a los brotes esporádicos de lucha económica. Como contraparte, esos movimientos nos asumen como conducción de sus luchas económicas, pero ante el plano político nacional optan por la Concertación.

III La necesidad de una nueva estrategia

III.1 El agotamiento de las viejas estrategias

Las estrategias de lucha por el poder de hace 30 o 40 años hoy no nos sirven. El enemigo a aprendido de ellas y, además, han ocurrido importantes transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que han cambiado a la sociedad y con ello las condiciones de lucha.

Hay hoy en América Latina un proceso de búsqueda, dispar e inacabado. Pero los procesos en Brasil, Venezuela o México, ya no se reducen a la vieja dicotomía entre foquismos vs. electoralismos. Una y otra están agotadas como ejes centrales de una estrategia de lucha.

Hemos aprendido que la nueva sociedad no se inventa después de la toma del poder, sino que está determinada por el propio proceso de lucha por el poder. En particular, por el proceso de construcción y por las características de la fuerza popular revolucionaria, y ligado a eso, por las formas de relación entre la vanguardia y las masas.

La fuerza popular no puede seguir siendo considerada como la base de apoyo de la vanguardia, para que ésta realice la revolución y luego la transformación. La fuerza popular debe ser el protagonista principal de la lucha por el poder y de la transformación social. De lo contrario no habrá ni lo uno ni lo otro.

La idea de brazo armado o de brazo político, que aluden por igual a la sustitución de la fuerza popular, ya hicieron crisis. La vanguardia es la conducción. Esa es su función irremplazable, y para ello debe construirse como intelectual colectivo enraizado en la luchas sociales, pero con una relación democrática, abierta y transparente con éstas, que dé lugar a una conducción conciente, a la asunción o a la crítica democrática por parte de las bases populares de las propuestas que hace la organización política. De lo contrario, la manipulación permite éxitos "episódicos" pero no construcciones populares estables, las cuales requieren de una relación conciente.

Si la fuerza popular es el sujeto central de la lucha por el poder y de la transformación social, en un proceso que requiere conducción pero no suplantación, entonces esa fuerza popular requiere un alto grado de organización y conciencia para desarrollar tamaña tarea histórica.

Las estrategias que conducen a las movilizaciones "episódicas" son ineficaces para esta tarea histórica. Recuperando una importación de la teoría militar que hace Gramsci, podemos decir que esta vieja práctica sigue una lógica apegada al esquema de "guerra de movimientos", de "maniobra", del "muerte y huye", que se basa principalmente en factores agitativos que no están anclados en un espacio social concreto, donde se lidera a una masa inorgánica que irrumpe estacionalmente. Este esquema responde a un viejo modelo de conducción indirecta a través de la propaganda y la agitación. Esa es la forma principal en que se concibe la disputa y la construcción de conciencias en el seno del campo popular, sin entrar a impulsar proyectos sociales alternativos en los espacios concretos, y por tanto, sin apegarse de manera estable a esos territorios sociales.

Este viejo modelo de conducción popular indirecta, centrado en la propaganda revolucionaria, proviene del eficaz enfrentamiento bolchevique a la dominación de la autocracia zarista, cuyas estructuras de control y organización social eran precarias, muy distintas de la complejidad que posteriormente adquiere la dominación capitalista centrada en la democracia representativa, dotada de

una mayor variedad de formas que ya no se reducen al puro poder coactivo del Estado, sino que también se asienta en diferentes estructuras e instituciones extraestatales anidadas en los espacios de base de la sociedad, las que se constituyen en una verdadera red de trincheras y fortalezas del orden social capitalista. Para la estrategia revolucionaria de construcción de fuerzas, ambas dimensiones de la dominación capitalista tienen que ser enfrentadas: tanto la más tradicional situada en la maquinaria estatal, como aquellas extraestatales diseminadas en la sociedad civil, a veces incrustadas en pleno mundo popular. Requerimos enfrentar no sólo los aparatos de coerción política de las clases dominantes sino su hegemonía sobre importantes sectores populares, su dirección cultural sobre la sociedad, la subordinación ideológica de las clases dominadas. Es esto lo que nos exige una visión más amplia de las estructuras de poder, que supere -aunque la integre- la pura percepción centrada en el poder del Estado. No sólo tenemos que distinguir la coerción de la fuerza estatal, la intervención legislativa y la represiva, sino los mecanismos e instituciones presentes en la sociedad civil que producen un consentimiento con la reproducción del orden social capitalista, para poder enfrentarlos. Si el capitalismo es tan fuerte, no es sólo porque es capaz de evitar lo que no quiere, sino sobre todo porque es capaz de construir lo que quiere en la sociedad. Además de la reconocida dominación directa y coactiva ejercida a través del Estado y del gobierno, tenemos que distinguir la hegemonía, la dirección cultural, moral e intelectual que ejercen las clases dominantes directamente en el seno de la sociedad.

Son dos modos complementarios del poder en el capitalismo más complejo que tenemos en la actualidad. Pero la lectura política tradicional, y la idea también tradicional de la toma del poder y de la instauración del socialismo, se reducen a uno sólo de ellos: el enfrentamiento y el asalto al Estado, y luego, la transformación de la sociedad impulsada totalmente desde allí. Sin embargo, hoy con más fuerza aún, el capitalismo se muestra como algo que trasciende al Estado, y muestra una desconcertante capacidad de consolidarse más allá de éste. De ahí que, para la izquierda, hoy no sólo está vedada la esfera estatal, sino que también lo estén importantes esferas de la sociedad civil, incluso del mundo popular.

En la mirada más amplia sobre el poder político capitalista, entonces, es preciso incorporar las instituciones, estructuras y formas extraestatales de poder capitalista presentes en la base de la sociedad, las que tienen una importante capacidad de proveer estabilidad sistémica. El análisis de la democracia capitalista tiene que distinguir cómo se combinan las formas de coerción y de consenso, y cómo se distribuyen en las distintas esferas y ámbitos de la sociedad. El esquema antes mencionado de prescindencia estatal en la regulación de las relaciones sociales, la disparidad que eso abre entre la institucionalidad y la política formal, por una parte, y las formas de regulación de las relaciones sociales a nivel de la base de la sociedad, por otra, que en el caso de las relaciones laborales son principalmente coercitivas, es un ejemplo de esto que planteamos, y de su importancia para una certera estrategia de construcción de fuerzas. Similar a la fábrica y la faena, en las que impera el sometimiento directo producto de las desiguales correlaciones de fuerzas existentes, y la mantención de las formas de dominación instaladas por la dictadura en estos espacios, es parecido a lo que podemos apreciar también en centros de trabajo, escuelas, campos, universidades.

III.2 Hacia una nueva estrategia

En las situaciones de precario dominio capitalista el Estado lo era todo, y la sociedad civil capitalista era primitiva. Pero la dominación capitalista se ha complejizado, permitiendo que en situaciones en las que el Estado capitalista se

ve amenazado, las potentes estructuras e instituciones capitalistas extraestatales resisten. El Estado aparece como la trinchera avanzada, pero no como la única; tras la cual hay un poderoso sistema de fortalezas capitalistas ubicadas en el seno de la sociedad misma. De ahí la noción de hegemonía, como la capacidad del capitalismo de producir consenso, consentimiento con su dominio, o sea, como estadio superior de la dominación simplemente coercitiva, basada en el imperio puro y simple de la fuerza.

Nuestro problema no es una estrategia revolucionaria en condiciones de una autocracia zarista, ni de una rudimentaria dictadura batistiana, sino de una democracia burguesa que goza de niveles sistémicamente suficientes de lealtad de masas, aún cuando estos se expresen pasivamente; es más, nuestras condiciones de lucha muestran un alto nivel de conducción capitalista sobre vastos sectores populares. De ahí que haya que considerar a este régimen tanto en su organización estatal, como en sus complejas defensas instaladas en el seno mismo de la sociedad. Por eso, el esquema político de movimiento o de maniobra, centro de las viejas estrategias revolucionarias, en la nueva situación no puede ser sino un aspecto parcial de la estrategia que precisamos.

Al contrario de eso, requerimos una línea más apegada al esquema de la "guerra de posiciones", orientada a la construcción de espacios que no se abandonan. Debido a la mayor complejidad que asume la dominación, a la presencia de importantes factores extraestatales que producen y reproducen la desarticulación popular actual, es preciso superar la práctica reducida a la mera propaganda y entrar a desarrollar procesos de construcción popular alternativos. Sólo esto permite una lucha permanente y creciente, que supere la dinámica entrampante de las victorias "episódicas".

Necesitamos desplegar una práctica orientada a la construcción popular en territorios y espacios que no se abandonan, impulsando luchas que no se reducen a la simple demanda economicista -aunque necesariamente la tienen que incorporar- sino que avanzan en el desarrollo de un proyecto social alternativo, gestando auténticos grados de poder y de democracia popular.

Vista así la estructura de poder de las clases dominantes, requerimos impulsar una larga guerra de trincheras entre dos campos de posiciones relativamente fijas, en la que cada bando intenta socavar al otro política, ideológica y culturalmente, donde producto de su avance, el cerco se haga recíproco. Lo que no niega que una futura situación de equilibrio de fuerzas tenga que romperse a través de la toma violenta del poder del Estado. Pero el sujeto de este asalto al Estado no es ya un proyecto teórico de sociedad sostenido por un puñado reducido pero organizado de hombres y mujeres, sino que es un proyecto de un nuevo orden social desarrollado en la práctica quien se dispone a zanjar, definitivamente, el proceso de debilitamiento de la dirección de las clases dominantes sobre la sociedad, asaltando entonces su último bastión.

Una diferencia fundamental con el esquema político tradicional de "guerra de movimientos", basado en el intento de ganar la conducción de las masas en forma indirecta a través de la propaganda revolucionaria, radica en el hecho que, en el esquema político estratégico de "guerra de posiciones", la disputa de conciencias con las clases dominantes, la construcción de los términos de conducción revolucionaria en el seno de las masas populares, opera a través de la capacidad de elaborar, proponer y llevar a la práctica proyectos de construcción social que, en los territorios concretos, son capaces de socavar las bases de la organización social que el capitalismo ha impuesto allí. Esto significa que la organización política no debe limitarse a plantear la línea general ante la situación política concreta, a lo que a menudo se reduce la práctica tradicional, sino que debe entrar a proponer junto a ello un proyecto social concreto para los diferentes espacios y territorios, de transformación del

orden y las relaciones que allí imperan actualmente producto del dominio capitalista. En su desarrollo futuro, tales proyectos han de conducir a la superación de las mal llamadas organizaciones "naturales" de las bases sociales - como sindicatos, centros de alumnos, juntas de vecinos, colegios profesionales, etc.-, esas que el capitalismo tolera porque llevan a limitar cualquier proceso de organización de base a una dinámica economicista, que es, por lo demás, fragmentada. Pues, para la construcción de la unidad política del pueblo, es preciso ir generando instituciones propias de soberanía popular, que en el fondo son el gérmen de una organización genuinamente socialista, forjada desde abajo, y no desde un todopoderoso Estado futuro, contradictoriamente llamado socialista en tanto no socializa el poder.

De esta forma, a través de estas construcciones populares referenciales, en los frentes poblacionales, laborales, universitarios, se sustenta la convocatoria hacia nuevos sectores. No es una mera convocatoria agitativa, sino todo lo contrario. No es pura denuncia, sino, en este caso, una propaganda concebida como elemento auxiliar para la expansión y potenciación del impacto de las construcciones concretas de poder y de democracia popular. Más que una utopía propagandizada, que se intenta estérilmente de introducir en forma pasiva en la cabeza de los hombres y mujeres del pueblo, como enseñanza iluminista sin una práctica de construcción concreta al fin, se trata de asumir el hecho de que la revolución socialista triunfará en nuestro país mediante un máximo de expansión -y no de constricción- de la democracia popular organizada. Porque tan sólo esa experiencia popular en fábricas y poblaciones, en campos, escuelas, en faenas y universidades, puede permitir a una amplia mayoría visualizar con certeza los verdaderos límites de la democracia representativa capitalista, y forjar la decisión de superarla.

Si se prefiere, es una disputa por la hegemonía, por la adhesión ideológica de las masas populares a través de una práctica constructiva, refundadora, a partir del desarrollo y la expansión de construcciones populares referenciales, capaces de impactar sobre aquellas zonas donde el orden capitalista aún mantiene cierta legitimidad. Al decir de Gramsci, "en política, la guerra de posición es hegemonía".

Por eso nuestro desafío actual, es decir, el de una izquierda hoy políticamente marginada y de un campo popular desarticulado, es el de desarrollar formas de doble poder, de poder popular, instituciones y construcciones de democracia popular más amplias que cualquier precedente pasado. Sobre la base de estas construcciones, de carácter estable, verdaderas posiciones de fuerza, es posible proyectar un sujeto genuinamente socialista hacia las correlaciones fundamentales de fuerza presentes en la lucha política, superando la crisis de incidencia que arrastramos como izquierda todos estos años. Este es, por lo demás, el único camino de fondo sobre el cual enfrentar el ascenso actual de la derecha, y más aún, la profundización del capitalismo que significa la égida neoliberal.

Nuestra tarea es la de crear instituciones rivales en soberanía popular fuera y en contra del parlamento, capaces de educar a las masas en su autogobierno, cuyos decretos y decisiones tendrán que ser defendidos política y materialmente de la agresión lógica de las clases dominantes ante estas formas de autonomía política popular que les niega cualquier legitimidad y capacidad de dirección y de control.

Esta lógica revolucionaria, transformadora, refundadora de la sociedad, tiene dos grandes exigencias: la labor refundacional como tal, y la resistencia frente a la autoridad constitucional. Es un esquema para construir una dualidad de poderes dentro del capitalismo, y para proyectar el avance de la soberanía popular hacia otros territorios de la sociedad. Pero no podemos ser ingenuos.

Las formas de poder y de democracia popular, en su avance hacia una situación de dualidad de poderes, implican el desequilibrio y la deslegitimación de las formas de dominio capitalista, ante lo cual el centro del poder de las clases dominantes suele desplazarse desde los aparatos más o menos representativos hacia aquellos represivos.

Es la instalación de una pugna no sólo entre ideologías sino entre procesos concretos y reales de soberanía capitalista y de soberanía popular. Su coexistencia no es algo que vaya a tolerar pasivamente el capitalismo, pero tampoco el avance popular dependerá exclusivamente de su capacidad de resistencia y defensa material, sino también y en no menor medida, de su capacidad para ir refundando el orden social y proyectándose políticamente como embriones cada vez más maduros de una nueva sociedad. Su fuerza no ha de estar dada solamente en su capacidad de resistencia material. Aunque ella es insoslayable, su fuerza también debe provenir del contenido que expresa como construcción democrática y popular real y tangible.

Se nos dice que tenemos un régimen democrático, pero todo lo que podemos decir es que nos gustaría verlo. Forzando un poco el término, democracia antipopular es como hemos llamado al actual orden de cosas.

Nuestra revolución, y sobre todo el fin del capitalismo en Chile, sólo se producirá cuando las masas populares hayan hecho la experiencia de una democracia popular que sea tangiblemente superior a la democracia burguesa. Porque el único modo de garantizar la victoria revolucionaria del socialismo es forjando en forma incontestable más -¡y no menos!- libertad.

La manifestación de una libertad nueva y de mayor alcance, sin privilegios, realmente potenciadora de las hoy refrenadas capacidades y creatividades de grandes mayorías, ha de empezar antes de que el viejo orden sea eliminado mediante la conquista del Estado. El nombre de este proceso es doble poder o poder dual. Las formas y los medios concretos de la aparición de estas construcciones populares, de estas construcciones de un contrapoder en el propio seno del capitalismo, son hoy el problema crítico de la revolución socialista en Chile.

Su construcción y desarrollo implica entre otras cosas la capacidad de defensa política y material de estas experiencias; en el fondo, la defensa de este proceso de transformación y derrota del capitalismo desde abajo. Se trata de un poder dual con capacidad de deslegitimar al capitalismo y su democracia representativa, antipopular. Hemos aprendido que al capitalismo hay que transformarlo desde dentro, ponerlo en crisis, si no queremos "nuevas sociedades" que sean meras caricaturas mejoradas de este capitalismo. Y en este sentido, estas construcciones populares son también una fórmula para perfilar materialmente la nueva sociedad desde el propio proceso de lucha por el poder.

A estas alturas del desarrollo del capitalismo, ha quedado claro que la "toma del poder" ya no se reduce a la "toma del Estado". Lo que hay que arrebatarse a las clases dominantes es su poder general, su capacidad para organizar la sociedad y disciplinar a sus integrantes, lo cual va mucho más allá del Estado y de los factores coercitivos. A lo que nos enfrentamos es al estado general del poder de las clases dominantes a lo largo y ancho de la sociedad. Y desde esta perspectiva, la liberación remite insoslayablemente a la refundación de la sociedad. La lucha liberadora es entonces, la lucha por sustentar este proceso de transformación.

Nuestro problema no se reduce a tomarnos La Moneda, nuestro Palacio de Invierno. Sólo las masas organizadas tras un proyecto de refundación de la sociedad, que no se realiza desde arriba, sino que se impulsa y materializa en cada paso de avance de esas masas, permite abrir la posibilidad efectiva de

resistir la respuesta de las clases dominantes, de avanzar, y de transformar efectivamente la sociedad en una perspectiva democrática y popular capaz de superar la limitada experiencia de los socialismos "reales".

Visto desde hoy, más que la toma del poder, es la forja del propio poder y la construcción de la crisis política de las clases dominantes. Más que asalto al Estado, es la capacidad de defender material y políticamente lo construido y sus posibilidades de avance. Tal dualidad de poderes -y no el inconducente sueño con un oportuno golpe de mano- es el factor que debe conducir a la crisis política de las clases dominantes.

Es un camino más largo, por cierto. Implica que la izquierda se vuelque a los procesos de construcción popular bajo características crecientes de organización, poder y democracia popular. No es una tarea que pueda impulsar un sólo sector, porque es inmensa y larga.

IV. El principio de la autonomía política de las luchas populares

Ya está claro que no hay atajos, y que la insistencia tras estos sólo nos ha hecho perder tiempo. Las decenas de atajos soñados, a los más han permitido victorias "episódicas" en las últimas décadas. Lo esencial es la fuerza social en que se sustenta el proceso: los grados de desarrollo de su organización y conciencia. Eso no hay como evadirlo. Evadirlo es seguir alargando el festín de las clases dominantes.

Urge terminar con el "tacticismo" de los atajos, con el coyunturalismo, con los brotes agitativos pasajeros, y enhebrar una práctica centrada en el impulso de luchas democráticas de base, en la construcción local de formas de poder y de democracia popular, que permita definir el sentido accesorio y la oportunidad de la lucha electoral, violenta o de otras formas. De lo contrario, éstas últimas prácticas no superarán el largo hilo de inmediateismos de los últimos años.

La Concertación, aun con todos sus problemas, es capaz de confundir a la izquierda con sus cantos de sirena. Esto puede ser una fuente más de confusión, y sobre todo, de indecisión ante el camino de la construcción popular. Hoy en la Concertación no hay nada que sirva para avanzar en los principales desafíos de la lucha popular. Es una contradicción buscar hoy una alianza, incluso un mero pacto electoral basado en supuestas coincidencias democráticas, con una Concertación que en estos momentos exacerba una línea neoliberal y antipopular, develando su opción empresarial. Así las cosas, tal pacto sólo terminará legitimando ante ciertos sectores populares los pasos que recientemente ha dado el gobierno en contra del pueblo, como la contención del gasto fiscal en medio de una situación de desempleo, o unas reformas laborales que buscan legalizar la sobreexplotación como forma de resolver la creación de empleos, a través de una ampliación de la llamada flexibilidad laboral.

La forma general de la democracia representativa es en sí misma el gran muro ideológico que evita que las masas populares desarrollen cualquier proyecto alternativo como tipo diferente de sociedad, como tipo alternativo de orden social. Porque presenta las desiguales condiciones de los individuos en la sociedad como si fuesen iguales ante el Estado. Es el gran espejismo de la democracia representativa. El parlamento, elegido cada tantos años como la expresión soberana de la voluntad popular, refleja ante el pueblo la unidad ficticia del país como si fuera su propio autogobierno. Las divisiones económicas y de poder en el seno de esta "ciudadanía" se disfrazan mediante la igualdad jurídica entre explotadores y explotados, entre incluidos y marginados, entre poderosos y sometidos y, con ello, nublan la completa separación y la no participación de las masas en la labor del parlamento y en los procesos de construcción del Estado.

Este sistema es constantemente presentado ante el pueblo como la encarnación última de la libertad: la democracia representativa capitalista como el punto culminante de la historia. La existencia del Estado parlamentario proporciona el manto ideológico general que impide cualquier forma de organización y de soberanía alternativa. Y es tan poderoso, porque los derechos jurídicos de los ciudadanos no son un simple espejismo. Al contrario, las libertades cívicas y los sufragios de la democracia representativa son una realidad tangible, cuyo logro fue históricamente, en parte, obra del propio movimiento popular, y cuya pérdida sería una derrota para él.

La ideología de la democracia burguesa es mucho más potente que la de cualquier reformismo del bienestar (al cual, por lo demás, hoy se oponen al unísono las distintas fracciones de las clases dominantes criollas, incluida la propia Concertación), y constituye, por tanto, la base del consenso inculcado por el Estado capitalista, cuya esencia radica en la creencia de las masas de que ellas ejercen una autodeterminación en el orden social existente. No es, pues, una simple imposición de una clase dirigente, sino la creencia en la igualdad democrática de todos los ciudadanos en el gobierno de la nación. De ahí la importancia del principio de la autonomía política de las luchas y la organización popular, entendido no como apoliticismo, sino todo lo contrario, como autonomía frente a las reglas de los poderosos, esas que llevan a delegar en élites supuestamente representativas cualquier voluntad de organización y de lucha. La autonomía política es un principio que permite fundar una práctica política propia, que no desconoce las condiciones imperantes, impuestas por el enemigo, pero que tampoco reduce a ellas nuestra lucha política.

Pero hay otra clase de obstáculos para el camino de lucha que propiciamos, y que no podemos dejar de mencionar. Además de la compulsión por los atajos, ya sean conspirativos o electoralistas, están, en el otro extremo, el basismo, el localismo, el apoliticismo, el corporativismo que limita la lucha de sectores populares a horizontes gremiales o luchas económicas.

Nuestra tarea es construir procesos crecientes de control popular sobre las dinámicas sociales cotidianas en la población, la universidad, la fábrica y la faena, la escuela y el centro de trabajo, que desconozcan la conducción capitalista de esos espacios, sus formas de organización social de esos territorios, y permitan originar, embrionariamente en un inicio, relaciones sociales más democráticas y potenciadoras de la creatividad de todos sus integrantes, y no sólo de un puñado de éstos. Esto exige, entre otras cosas, pasar del militante de izquierda entendido como simple propagandista y agitador, a un militante que se distinga como constructor popular en esos espacios.

Repetidamente grupos y fuerzas de izquierda se han propuesto crear desde arriba coordinaciones, frentes o movimientos a lo largo de la década pasada. El verticalismo en la relación vanguardia-masas aún persiste. Más que anti-neoliberalismo o cualquier otro anti, incluida la declaración de una identidad antisistémica como principal condición distintiva, tenemos que avanzar en perfilar, a través de nuestra práctica, construcciones de democracia y poder popular reales y tangibles, proyectando con ellas el tipo de orden social que anhelamos.

Nuestra primera y principal característica, como esfuerzo revolucionario, no está en la opción por la fuerza ni en definirnos como antisistémicos. La primera y fundamental característica de nuestra lucha, es que apunta a la democracia, a la libertad, a la felicidad, a terminar con la explotación y las limitaciones a la vida. Luchamos por un futuro más pleno para la especie humana, libre de la pobreza material, y también de las miserias espirituales que engendra el

capitalismo. Y si para avanzar hacia estos objetivos, para construir estos sueños, estamos obligados a defender este derecho por la fuerza, y tenemos que asumírnos y proyectarnos como individuos y como fuerzas sociales antisistémicas, lo hacemos. Pero sin perder de vista que esta es una consecuencia de nuestra decisión de llevar adelante una lucha liberadora. Todo esto significa luchar por un socialismo desde abajo, que lo ligue desde ahora y estrechamente a una práctica democrática de masas. Las soluciones urgentes que anhela nuestro pueblo no vendrán de la ya añeja costumbre de reclamarle todo al Estado, sino de las construcciones populares de poder y democracia que seamos capaces de impulsar, defender y proyectar. Hacia allá debe apuntar la conducción política de la izquierda, para cumplir con la imperiosa exigencia de dejar de estar a la defensiva y convertirnos en una fuerza afirmativa.

Para comunicarse con el autor: surda@hotmail.com

(*) **Quienes** hayan leído mi artículo "La izquierda y la construcción de alternativas", aparecido recientemente en **Rebelión**, síntesis de lo expuesto en la parte tercera de mi libro **La izquierda en el umbral del Siglo XXI. Haciendo posible lo imposible**", podrán encontrar en este excelente trabajo del joven sociólogo chileno Carlos Ruiz una profundización de varias de las ideas allí expuestas. Recomiendo su lectura y debate a quienes están interesados en construir un proyecto político para los nuevos tiempos.

Marta Harnecker
18 marzo 2001

Nota: El libro de Marta Harnecker ha sido publicado por Siglo XXI México y España (1999); por Campo das Letras en Portugal y Paz e Terra en Brasil (2000); por Sperling y Kupfer en Italia (2001); y pronto en francés por Les Temps de Cerises en Francia y Lanctôt Editeur en Canadá.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

